COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 537. ¿Cómo oraba Moisés?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 537 del Compendio del Catecismo

¿Cómo oraba Moisés?

Como oraba Moisés... Recordaréis que en el punto anterior hablamos de la oración de Abraham, y en esta ocasión pasamos a hablar de Moisés como el modelo de oración.

La oración de Moisés es modelo de la oración contemplativa: Dios, que llama a Moisés desde la zarza ardiente, conversa frecuente y largamente con él, «cara a cara, como habla un hombre con su amigo». De esa intimidad con Dios, Moisés saca fuerza para interceder con tenacidad a favor del pueblo: su oración prefigura así la intercesión del único mediador, Jesucristo.

Bueno, hay un pasaje clave en el que Moisés estaba pastoreando aquel rebaño de ovejas y, entonces, Dios le llama desde un misterio: una zarza ardiendo. Él se aproxima: *«¿Qué es esto? ¿Qué es esta zarza que arde sin consumirse?».*

Entonces, en ese momento, comienza a ser educado en la oración por Yahvé, que le dice: *«Descálzate, porque pisas un suelo sagrado*». Ese «descálzate ante el misterio de Dios» es toda una pedagogía: el hombre necesita descalzarse, despojarse de muchos criterios para poder, desnudo delante de Dios, poderse poner en oración delante de Él.

«Descálzate. Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob»; es decir, «Yo, aunque nunca habíamos hablado de esta manera, Yo he estado siempre con tus padres, soy el Dios de la vida, el Dios que ha caminado siempre junto a vosotros». El Dios vivo que quiere en nuestra vida.

Y después de haberle introducido, después de haberle educado en descalzarse, en mostrarse como el Dios vivo que le ha acompañado en toda la historia de salvación de su familia, le pide, le asocia a Moisés a la obra de salvación que Dios quiere hacer:

«Mira, he escuchado el lamento del pueblo que clama a mí. Yo te envío para que tú liberes a ese pueblo».

La oración no es meramente pasiva, sino que es una llamada activa; es una llamada a participar en esa colaboración activa con Dios en la historia de la salvación. Moisés se resiste, pone pegas; pero finalmente, en esa lucha interior que es muy frecuente en los personajes del Antiguo Testamento, finalmente permite que Dios tenga la última palabra: *«Si Dios me envía, yo iré». «Yo iré»:* es el acto de confianza del hombre orante.

Y así se presenta a Moisés: Moisés es el hombre que tiene intimidad con Dios, intimidad especial con Dios. Dice la Sagrada Escritura que *«hablaba cara a cara con Dios».* Impresionante ese texto: hablaba cara a cara con Dios. Sabemos que ese «cara a cara» es la imagen de la vida eterna, que en la vida eterna veremos a Dios tal cual es, en esa visión beatífica; pero aquí ya Moisés está como dándonos a entender que, por la oración, podemos de alguna manera prefigurar, adelantar ese misterio de intimidad con Dios que tendremos en el cielo. Moisés hablaba con Dios cara a cara.

Tal es así que cuando estuvo aquel tiempo largo en la cumbre del Monte Sinaí, donde Yahvé le entregó las Tablas de la Ley, cuando descendió al pie del monte, su rostro resplandecía porque había estado cara a cara con Dios. Y entonces los israelitas, temerosos, le taparon con un velo el rostro, porque en el imaginario de Israel no se podía ver el rostro de Dios y quedar con vida, y tenían miedo de ver el rostro resplandeciente de quien había visto el rostro de Dios.

Es imagen Moisés, pues, de la oración contemplativa. Estamos llamados a contemplar a Dios; a contemplar, a no temer a Dios, sino a contemplarlo. Y esto, siendo así, pues nos permite... le permitió a Moisés y nos permitirá a nosotros ser intercesores. El que está con Dios cara a cara, el que tiene con Dios esa intimidad, se convierte en intercesor en favor del pueblo.

Y hay ese pasaje inolvidable en el que Moisés, cuando Israel estaba en la batalla contra sus enemigos, extendía los brazos en cruz para rogar a Dios por Israel; y mientras que sus brazos estaban extendidos en cruz, Israel vencía en la batalla. Pero claro, se le caían los brazos, y entonces llegaron a sujetarle los brazos para que no dejase de interceder en favor de Israel en la batalla.

Esta imagen nos recuerda a Jesucristo, que es el Intercesor, el que intercede por nosotros ante el Padre. **Primera Timoteo 2, 5** dice: *«El único mediador entre Dios y el hombre es Jesucristo»*. Él intercede por nosotros. Moisés con los brazos abiertos intercediendo por nosotros era, como una imagen que estaba prefigurando a Jesucristo.

Y, por último, quiero destacar lo que dice el libro de los **Números, capítulo 12, versículo 3:** que Moisés era un hombre humilde. Dice: *«era un hombre humilde, más*

que hombre alguno en la tierra». Impresionante esta expresión: *«más que hombre alguno en la tierra»*. Porque para poder orar ante Dios adecuadamente, con los sentimientos adecuados, se requiere ser humilde. La humildad de Moisés nos recuerda la humildad de José: el hombre humilde que delante de Dios se muestra con toda su conciencia de pequeñez, pero con toda la conciencia también de saberse amado incondicionalmente por Dios y, por lo tanto, introducido en esa intimidad con Dios en la oración.